

El arte de emigrar

PABLO RUIZ JARABO*

Hay cuadros de principios de siglo que describen un París entre frívolo y agradable. Escenas de bailes, de terrazas de café, combinan con sabia contradicción la dudosa reputación con la recta diversión burguesa. Las multitudes se diferencian por sus ropas, por sus gestos; la esposa fiel, sentada, contempla con desprecio y sorpresa a la bailarina más o menos descocada. Son distintas las miradas, los rostros expresivos forjados de vicio o ingenuidad, pero no el color de la piel: la Europa de entonces era blanca. Éramos diferentes, pero de otro modo. Pocos años después, la diversión desapareció. Las diferencias dejaron de ser arte para convertirse en odio. Con arbitrariedad, la estupidez

totalitaria hizo de ellas causa de muerte. Mezclándose conceptos disgregadores, se intentó exterminar a la *raza judía*, confundiendo los conceptos de etnia y religión. Y esta confusión no ha desaparecido; se ha llamado *limpieza étnica* a los asesinatos en masa perpetrados entre los habitantes de la antigua Yugoslavia, a los que a su vez las potencias occidentales sentaron a negociar dividiéndolos en croatas, serbios y *musulmanes*, igualando nacionalidad y religión. Afortunadamente, tanta imprecisión a la hora de clasificar a los seres humanos da fe de nuestra igualdad tan compleja: cualquier criterio que se elija para diferenciarnos —el color de la piel, la religión, incluso las ideas— está condenado a ser

* Diplomático.

arbitrario. Quien lo blanda para excluirnos o jerarquizarlos contará con la razón de la fuerza voluntarista, pero no con la ciencia en la que pretende parapetarse. La realidad del individuo convierte cualquier intento de agruparlo por color, religión o procedencia en una reducción absurda y, por lo tanto, inválida.

Esos intentos clasificatorios suelen ocupar la palestra política como reacción ante un supuesto peligro; en los años 30, el comunismo y la crisis económica reforzaron a quienes denunciaban supuestas conspiraciones contra los valores eternos de Europa. Obviamente, quienes deciden encabezar esas oleadas de opinión segregadora son responsables de las atrocidades cometidas en su nombre: merecen su Nuremberg particular. Sin embargo, la pasividad de quienes optan por el cómodo silencio permite que los más vociferantes ocupen toda la acústica del teatro. Los silencios pueden obedecer a una sorpresa paralizante ante nuevas circunstancias; también a veces, suponen un consentimiento tácito hacia quienes persisten en reflejar el maniqueísmo del bien y el mal en cualesquiera diferencias.

Hoy Europa se enfrenta a una circunstancia inesperada, en absoluto comparable con la crisis del 29 o el nacimiento de los totalitarismos, pero tentadora para introducir nuevas clasificaciones arbitrarias: la pluralidad racial. Lo físico provoca el primer impulso clasificador de los seres humanos por encima de otras circunstancias. Borges, con genialidad cómica, relata cómo tanta insistencia de fray Bartolomé de las Casas en la igualdad de indios y blancos supuso el recurso a la mano de obra negra esclava y, con el paso de los años, el nacimiento del jazz; Marco Polo ilustraba sus relatos de viajes ante todo con descripciones físicas de los pueblos que encontraba. Sin el tamiz reflexivo propio de un escritor o un viajero renacentista, una corriente de opinión en Europa considera la frecuencia de ojos rasgados, de pieles oscuras, una nueva circunstancia invasora frente a la que

hay que adoptar soluciones. Según datos de Eurostat de Abril de 1998, de los 370 millones de habitantes de la Unión Europea, 14 millones eran extranjeros: ni siquiera un 4 por ciento de la población total. Las estadísticas son frías, mienten a menudo, pero su parte de verdad matemática nos dicen en este caso que tal vez no sean tantos los extranjeros como para definir un *problema*. Poco importa: el sentimiento primario ha impuesto su tasa y, como ya ha ocurrido otras veces, han surgido las clasificaciones arbitrarias de los seres humanos con el ánimo de poner orden en un supuesto caos racial. Las más expresivas provienen de los partidos que comulgan con un racismo fundamentalista. Francia, desgraciadamente, cuenta con el triste privilegio de disponer de un Frente Nacional que constituye el tercer partido más votado de la república. La preferencia francesa, la identificación de la nación con cierta manera de pensar o de creer —olvidando el laicismo, esencia del republicanismo francés— y, sobre todo, la imputación a una raza o grupo de ciertos males como el paro o la delincuencia, se apuntan como recetas fáciles y populistas.

Pero la reacción xenófoba no se limita a mítines políticos teñidos de demagogia. Otras fuerzas, menos identificables aunque tal vez más significativas, ejercen también su propia arbitrariedad clasificatoria. Podrían calificarse de anónimas; su autoría no tiene rostro. Es institucional, lo que evita incómodas personalizaciones a la vez que difunde una cierta culpa colectiva. Sus resultados son cada vez más tangibles: guetos en el cinturón de las grandes ciudades, tragedias de emigrantes que pierden su vida al intentar burlar la burocracia para hacer lo que el hombre ha hecho desde que tuvo inteligencia: emigrar. Hace semanas, un joven marroquí incluso nos recordaba desde Valencia la relatividad de nuestras conquistas legales: mientras que en nuestro Código Penal caía en desuso el delito de automutilación, utilizado hace décadas para evitar cumplir el

servicio militar en Cuba o Filipinas, él se provocaba grandes heridas para impedir su repatriación; no para arrancarle de los suyos, sino precisamente para devolvérselo. Frente a tan aparente contradicción, se erguía la terrible lógica de la miseria africana: antes herirse que regresar.

La fuerza que con más contundencia actúa segregando a los emigrantes tal vez sea la económica, precisamente la que provoca su huida de su tierra. La ha descrito el profesor Galbraith: el extranjero que acude a Occidente en busca de una vida más digna, pasa a formar parte de lo que él ha llamado la subclase funcional. *Funcional*, porque ejercerá trabajos esenciales para la sociedad: no, ciertamente, de alto contenido teológico, pero no por ello menos fundamentales e imprescindibles: el cuidado de ancianos y niños, de enfermos, las tareas domésticas, la limpieza de las calles, funciones todas ellas que nos liberan de muchas responsabilidades a los nativos, llamados al parecer a más altos vuelos profesionales. *Subclase*, porque aceptará salarios bajos y condiciones laborales excesivamente precarias con relación al resto de la población, de la que le separará el foso de la legalidad. El emigrante acepta tan magro destino porque tiene su pasado demasiado reciente, y sabe que cualquier empleo en Europa, por precario que sea, constituye un privilegio frente al de su pueblo natal. Sin embargo, anuncia el profesor, cuando el mero relevo generacional anule todo efecto comparativo con la patria de origen, la reacción de quien se ve limitado en sus expectativas por el color de su piel podría no ser tan pacífica como actualmente, más aún en un sistema capitalista que, al practicar como rito ortodoxo la precariedad y el abaratamiento laborales en aras de la competitividad, estorba la apuesta personal por un futuro mejor. Los disturbios que desde hace varios veranos se suceden en las barriadas francesas, protagonizados por adolescentes que han nacido entre París y la

mezquita ¿no suponen el cumplimiento de esta profecía?

Pero esa arbitrariedad que pretende resolver clasificando por el color de la piel no siempre es excluyente. Al acaecer la nueva pluralidad racial en una Europa tan sofisticada como pluralista, no faltan movimientos que, inspirados de buenas intenciones, proceden a clasificaciones imbuidas de lo políticamente correcto. El fin puede ser sano, pero los medios están teñidos de una peligrosa irracionalidad. Los españoles sufrimos una en nuestro idioma. Consiste en el tabú lingüístico que prohíbe llamar *moro* al ciudadano proveniente del norte de África, para quien se utiliza el término mucho más impreciso de norteafricano o magrebí. De poco sirve que el historiador que más ha reivindicado al Islam como parte de nuestra identidad hispana, Américo Castro, utilice profusamente la palabra *moro* y sus derivados en sus escritos; o que los mismos destinatarios del término hayan llamado a uno de sus estados Mauritania, tierra de los moros. Tanto eufemismo podría intentar esconder una realidad que nos es racistamente incómoda.

Y no todo se reduce a las palabras; quienes clasifican arbitrariamente con buenas intenciones suelen blandir medidas sencillas que, a su juicio, resolverían el problema de la emigración en poco tiempo. En estos casos, la arbitrariedad degenera en arbitramiento. Tal es el caso cuando se propugna la ayuda económica a los países más necesitados, a la vez que se reacciona airoosamente a los intentos de liberar sus exportaciones hacia nuestros mercados; o cuando se la quiere acompañar de la repatriación de los extranjeros a sus países de origen como contrapartida. En este caso, se comparte objetivo con los partidos más reaccionarios —el regreso de los emigrantes—, pero se les considera en una perspectiva más bilateral —a cambio de “algo”— que convierte el entorno en menos pecaminoso. No faltan soluciones grandiosas, inmediatas,

acompañadas de un “ya” impulsivo que las torna tan incuestionables e irreductibles como irreales. Suelen depositar con vehemencia toda la culpa en nuestros egoísmos, en la inhumanidad de nuestros empresarios, en los trámites administrativos de la emigración convertidos en sanguinarias barreras burocráticas, olvidando que todo destino posee un origen: que el emigrante quiere venir porque se quiere ir de su entorno cultural y familiar, expulsado por sistemas sociales donde el reparto de la riqueza y los derechos humanos no han abandonado la fase de proyecto teórico sin aplicación práctica ninguna, y donde no faltan élites que se unen al coro culpabilizador de los occidentales, en su mayoría ciudadanos de clase media cuyo nivel de vida es muy inferior al de aquéllas.

Es preciso rechazar estas arbitrariedades reduccionistas. En el caso de los argumentos que esconden puro racismo, es una necesidad; si se trata de las recetas milagrosamente fáciles, es una conveniencia, porque las cuestiones sociales deben abordarse asumiendo su propia complejidad. Pero entonces, ¿qué nos queda? La pasividad no es posible, porque asumirla ante la tragedia de albaneses y marroquíes que arriesgan sus vidas por llegar a nuestras costas es, cuanto menos, mezquino. Valga a este respecto una reflexión: en un mundo globalizado donde los productos y capitales cruzan fronteras con una rapidez supuestamente incontrolable, condenamos al factor trabajo a estancarse en su lugar de origen. Al movimiento interfronterizo del apunte bancario le llamamos eficacia; al del ser humano, ilegalidad.

No es éste el único desafío a determinadas verdades admitidas provocado inconscientemente por el moro o el asiático que cruza fronteras para ganarse la vida: muchos principios que asumimos en nuestra convivencia diaria deberán aplicarse con profusión ante la Europa más o menos interracial que se avecina. Porque la laicidad del

estado es fácil de defender cuando su única alternativa es el Cristianismo. Pero cuando los minaretes conviven con las torres góticas, el vigor del principio entra en un verdadero juego probatorio.

Asimismo, el principio de igualdad puede darse por supuesto en una Europa en buena parte homogénea; si aumenta la variedad, deberá ponerse en práctica desde nuevas perspectivas. Tal vez Tocqueville, al predecir que las democracias se convertirían en sociedades aburridas y rutinarias una vez desaparecida la nobleza e impuesta la igualdad legal, no contara con un suflo de variedad étnica a modo de oportunidad para despertarse, para demostrarse a sí mismas que sus grandes principios se aplican a seres humanos de culturas variadas, con independencia de su origen y sin segregación de ningún tipo.

Tan bello resultado no puede darse por descontado: persistirán las fuerzas empeñadas en separar, en atribuir los problemas a razas o religiones determinadas, o en extraños malabarismos biempensantes tan magistralmente formulados como irreales. Si se vencen, todo podrá quedar en fricciones que todo proceso dinámico desata, pero sin producir escozor. Tal vez, dentro de unas décadas, todo lo que quede del supuesto problema sea un cuadro de una calle donde la multitud representada se diferencie también por el color de la piel; pero en aras de la estética, no de la política.

Si un pintor desea inmortalizar la Europa multirracial, no le faltarán estampas y modelos: le basta con elegir el atardecer europeamente lluvioso y frío de una jornada de colegio, donde una pareja de adolescentes se besa mientras esperan el autobús. Son hijos de emigrantes, y lo que hacen en público en Europa, les valdría un serio castigo en el pueblo de sus padres. Ejercen su libertad, no la de su raza o su religión, sino la de su condición de seres

humanos. Sin saberlo, simbolizan un mañana libre y plural, como sus padres, tal vez ayer ilegales, simbolizaron con su transgresión de fronteras un entonces de miseria que aún perdura. No quieren fundamentalismo: se quieren el uno al otro. La escena existe: es bella como casi todo lo que rodea a la juventud, y la cultura europea puede inmortalizarla en un cuadro, como inmortalizó los felices años veinte. Sin embargo, también puede suprimirla. Incorporación o amputación: ésta es la alternativa.